
Yo es otro*

Barbara Beck

*Tentativa de explicar
la fascinación que las mujeres mexicanas ejercen
sobre las mujeres alemanas*

En alemán fascinación tiene la connotación de encantamiento, de ser cautivada y también de deslumbramiento; palabras todas que en nuestro tiempo y cultura pueden sonar extrañas. Difícilmente parecen compatibles con una noción de individuo autónomo que define a éste como capaz de determinar su propio destino; son palabras que describen estados (de ánimo) del sujeto asociados con un estar a merced de algo que no es aprehensible racionalmente. Para expresar el estado de encantamiento o el acto de ser cautivado, el término que hoy se usa casi exclusivamente es el de fascinación; una palabra que nos permite suponer que, en la comprensión usual, el lenguaje sirve más para nublar que para esclarecer el estado de ánimo al que se refiere.

Las fascinaciones están relacionadas con experiencias extraordinarias, sea con una persona, un suceso o también con un lugar extraño. En muchos casos la palabra fascinación describe un estado emocional que no parece necesitar de más explicación, porque todos/as lo reconocen y porque además pudiera desvirtuarse al tratar de encontrarle una explicación racional.

*Este texto fue escrito para el catálogo de la exposición sobre la mujer en la ciudad de México, organizada por alemanas y mexicanas y que tuvo lugar en el Museo del Chopo, julio/agosto y que tendrá lugar en Berlín, Alemania, diciembre/enero, 1991/1992.

Pero si se pretende desentrañar la relación entre el yo y el otro, entre el sujeto y el objeto de la fascinación, sí es necesario recurrir en cierto grado a las “luces” de la razón.

En los párrafos siguientes intento descubrir en qué consiste esta fascinación de las mujeres alemanas por las mujeres mexicanas un poco más allá o más acá del distanciamiento científico.

Como toda pregunta por la situación de las mujeres, sus deseos y pretensiones, sólo tiene sentido cuando está orientada por un interés en la emancipación. La pregunta que me hago como alemana, y como mujer fascinada por México, es acerca de las pretensiones y deseos emancipadores que las mujeres alemanas asociamos con la exposición: “Otro modo de ser”. Podríamos responder a esta pregunta mediante una comparación de la situación social de las mujeres en México y en Alemania y de sus formas de resistencia, pero las historias nacionales, culturales y específicamente las historias de resistencia de las mujeres mexicanas y alemanas son demasiado distintas como para someterlas a una comparación directa. Además sería también una respuesta parcial, puesto que al destacar las diferencias objetivas entre ambas, separamos prematuramente la relación entre el sujeto y el objeto de la fascinación y perdemos su dimensión subjetiva. Para entender qué representan para las alemanas las mujeres mexicanas (probablemente sin saberlo éstas) no basta enunciar nuestros propios logros e ideas emancipadoras sino que es necesario también analizarlos críticamente.

La lucha del movimiento feminista alemán (occidental) desde los años setenta por la igualdad de las mujeres ha violentado la relación tradicional entre los sexos —cuya expresión material es la familia nuclear burguesa— y ha cambiado la conciencia social de mujeres y hombres. Con la ruptura de los papeles tradicionales y de la división sexual del trabajo en la familia nuclear, las mujeres han conquistado el derecho al trabajo fuera del hogar y a la independencia económica, se han liberado de relaciones de dependencia sexual y han alcanzado así un grado de posible autodeterminación desconocido hasta el momento.

Las mujeres obtuvieron esta nueva libertad e independencia a través de la reivindicación de la igualdad de oportunidades y derechos basada en parámetros masculinos; buscaron además el reconocimiento de los hombres por su lucha. Reconocimiento difícilmente alcanzable cuando, al basarse en parámetros masculinos, las propias reivindicaciones y deseos femeninos se han visto sacrificados de antemano. La

concreción de las reivindicaciones lleva a las mujeres a una competencia no sólo productiva sino también autodestructiva con los hombres, y también con las demás mujeres, y convierte paulatinamente el conflicto entre los sexos en una lucha frontal. Entonces, en su proceso de emancipación, no sólo han ganado sino que también han perdido terreno. Lo anterior se confirma con las disputas posteriores entre las dos tendencias extremas en el seno del movimiento feminista de los años setenta y principios de los ochenta – las mujeres con ambición de hacer carrera profesional y las que defienden una nueva maternidad. Mientras unas continúan la lucha por la igualdad, frecuentemente sin relación de pareja con hombres o mujeres, e incluso renunciando a tener hijos, las otras tratan de reconquistar el terreno perdido recurriendo a utopías matriarcales y cultos maternos. Tan cierto es que las mujeres se convierten en madres con base en sus predisposiciones naturales, como erróneo es considerar que la realización de su determinación “natural” implica automáticamente una mayor autodeterminación. Recurrir a la “naturaleza” de la mujer como factor emancipador saca nuevamente a relucir aquellos argumentos según los cuales precisamente esa naturaleza ha justificado siempre la opresión de la mujer.

En las actuales discusiones feministas sobre los problemas de la igualdad y la diferencia se está reaccionando justamente frente al desmoronamiento del movimiento feminista y sus callejones sin salida. Estas discusiones también reflejan el análisis autocrítico de las experiencias e intentos de redefinición del movimiento emancipador. Pero aún en la búsqueda teórica y práctica de la identidad y la subjetividad femeninas se parte predominantemente del supuesto de que los problemas derivados del conflicto entre los sexos se podrían resolver mediante la autonomía de los sexos. Sin embargo, mientras las mujeres no conviertan en tema de discusión esta ideología de la autonomía de los sexos, y el papel histórico que han desempeñado las mujeres en el conflicto entre los sexos, la lucha entre los sexos seguirá causando estragos y seguirán existiendo, como en cualquier lucha, únicamente vencedores y vencidos. Al convertirse en lucha el conflicto entre los sexos, se paraliza el conflicto y la tensión entre ellos, en tanto conflicto y tensión son formas dinámicas de relación. La lucha suspende el deseo de unificación con el otro, así como la utopía inherente a este deseo de llegar a una conciliación del conflicto. Este deseo es remplazado por la pretensión individual de autonomía y autorrealización,

que ya no anhela la concreción del deseo de volverse uno en la relación con él o ella sino pretende la armonía total y el sentimiento de plenitud en una relación que no merece este nombre, pues pretende vivirse exclusiva y directamente consigo mismo.

Ahora bien, cuando entendemos el cruce de fronteras —lo que significa el viaje a otra cultura—, no solamente como un cruzar de fronteras impuestas por otros, sino también de fronteras que nos hemos impuesto nosotras mismas, entonces las mujeres mexicanas adquieren para nosotras su fuerza de fascinación, no en el contexto de los éxitos de nuestros movimientos de emancipación o de los suyos, sino en el hecho de que algo en ellas nos recuerda, más que nada, lo que nos ha hecho falta o hemos reprimido desde siempre como experiencia propia.

Claro que no es la relación de opresión patriarcal —donde las mujeres una vez más aparecen sólo como objetos del poder y la violencia masculinos— la que fascina. Solamente nos pueden hacer recordar nuestras deficiencias allí donde, inmersas en la relación entre los sexos —resultado de condiciones históricas y sociales distintas— se entienden a sí mismas como sujetos, esto es en su autocomprensión, en su conciencia de sí y en las propias formas de autoafirmación que han desarrollado en esta relación. Por ejemplo, el tener conciencia del miedo que tienen los hombres de las mujeres, de su dependencia de ellas, así como de su significado para la autoestima de los hombres es —en sus formas sociales de expresión— parte de la relación entre los sexos. Esta conciencia tal vez no conceda a las mujeres poder público, pero sí un poder informal sobre los hombres. Entre las alemanas, el único poder que creen tener se limita al de las mujeres sobre sus aún impotentes hijos; entre las mujeres y las madres mexicanas encontramos cierta confianza verdadera en sí mismas que les da un poder real, válido en la relación con los hombres.

Esa naturaleza amenazante de la mujer, que en el patriarcado la llevó a su sometimiento y opresión no está completamente suprimida en la conciencia de ambos sexos. El recurso de la autoconfianza que no necesita defenderse tercamente y la correspondiente conciencia de sí de las mujeres mexicanas es lo que nos hace falta a las alemanas. Cualesquiera sea la forma en que las mexicanas hablen de los hombres, de manera enfadada, agresiva o compasiva, nunca expresan tanto desprecio como cuando los hombres hablan de las mujeres o también como cuando, a veces, nosotras hablamos de los hombres. Pero este desprecio

que las alemanas manifestamos es más mera afirmación que expresión verdadera de autoconfianza.

Hoy, muchas mexicanas en sus movimientos de emancipación, mantienen la colaboración y convivencia con los hombres; es decir, en la lucha por un cambio en la relación entre los sexos no propugnan la renuncia al conflicto entre los sexos. Esto no quiere decir necesariamente lo que hace suponer: que las mexicanas no se hayan liberado todavía de los hombres sino que se reconocen como parte del conflicto a resolver y conciliar.

Por otra parte, en la colaboración intercultural entre mujeres siempre se presentará como un punto de discusión fuerte el problema del universalismo y del particularismo respecto a las estrategias de emancipación. Así como las tensiones entre los sexos, también las tensiones entre mujeres de distintas culturas pueden tornarse productivas para la solución y conciliación de conflictos. "Iluminar" la fascinación, en el sentido original de la palabra, esto es, como relación entre el yo y el otro, puede servir para librarnos de malentendidos. Tal vez ofrece también la posibilidad de discutir sentimientos de superioridad o inferioridad y de renunciar tanto al relativismo cultural como al evolucionismo simplista.

Como estado emocional, la fascinación es finalmente una hermana del amor. Ambos son hijos del deseo de unidad, de querer ser uno. Sin embargo, así como no es posible fundirse con la persona amada sin perderse a sí mismo, tampoco se puede penetrar otra cultura sin el riesgo de perderse como sujeto. El ser que atraviesa fronteras es un ser desgarrado. El cruce amenaza con un desgarramiento aún mayor. No obstante, es importante resistirse al deseo de abandono si uno quiere afirmarse como sujeto.